

RECENSIONES

Etnoarqueología de la prehistoria: más allá de la analogía. Editado por el Departament d'Arqueologia i Antropologia, Institució Milà i Fontanals, CSIC. Volumen 6 de la serie *Treballs d'Etnoarqueologia*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 2006, 405 pp. ISBN 84-00-08456-X.

Este volumen colectivo reúne los trabajos presentados al simposio internacional del mismo nombre, organizado por el CSIC y la Universidad Autónoma de Barcelona y celebrado en 2004. A destacar la pronta publicación de los resultados de la reunión, primera dedicada a este tema en nuestro país, así como su carácter internacional con investigadores de diversos países europeos y americanos, además de españoles. Se puede hablar aquí de una "puesta de largo" de nuestra etnoarqueología, que presentó sus trabajos ante especialistas de otras comunidades científicas (latinoamericana, norteamericana, francesa, británica y rusa) además de enfrentarse a las intrincadas polémicas teóricas por las que actualmente transita esta disciplina.

Los editores agruparon los artículos en tres grandes temas: conceptos y definiciones de etnoarqueología, etnoarqueología aplicada y arqueología etnohistórica. La diversidad de los trabajos es en primer lugar geográfica, desde Patagonia a Siberia, pasando por otras regiones americanas, africanas y Papúa-Nueva Guinea. En cuanto a los tipos de aproximación, su variedad indica que caben todos los múltiples apartados de la relación histórica habida entre arqueología y antropología (Fernández 1994: 137-8; David y Kramer 2001: 12). El más frecuente corresponde a aquellos casos en los que existe alguna continuidad cultural entre un contexto arqueológico antiguo y otro etnográfico actual que ayuda a explicar el primero, la "aproximación histórica directa". Un segundo grupo también se basa en situaciones de continuidad, pero aquí la información etnográfica no viene del estudio directo de grupos actuales sino de datos recogidos en el pasado por observadores exteriores (viajeros, misioneros, etnólogos, etc.). Otro apartado consiste en la comparación entre contextos arqueológicos y etnográficos que no tienen relación de continuidad cultural y ni siquiera proximidad geográfica entre ellos, una utilización generalizada de los datos etnográficos para entender los arqueológicos que constituye quizás la "esencia" o "núcleo" de la etnoarqueología. Para discutir los problemas que plantean todas estas aproximaciones se presentaron al simposio una serie de interesantes trabajos de tipo teórico que se comentan a continuación.

El primero de todos es el escrito por Manuel Gándara,

profesor de la ENAH de México, y eximio representante de la "arqueología social iberoamericana". A pesar de sus habituales críticas a la arqueología procesual, Gándara y otros arqueólogos sociales se adscriben como ella a la escuela falsacionista cuyo representante más famoso fue Karl Popper (Lewis Binford en la arqueología): la analogía etnográfica permite inducir hipótesis que luego se pueden contrastar (o no) comparando sus deducciones con los datos arqueológicos. Es decir, la inducción es sólo el primer e imperfecto paso del método, luego "redimido" por la deducción, epistemológicamente más adecuada, que completa el famoso "método hipotético-deductivo". Desde su posición marxista, Gándara se opone tanto a los procesuales que defienden unas leyes ahistóricas aplicables a cualquier tipo de sociedad como a los historicistas y posprocesuales que, según él, creen que cada sociedad es un caso único e irrepetible. Existen leyes en la historia y la arqueología, pero son dialécticas y están ordenadas en jerarquías de diferente aplicabilidad, desde la relación necesaria entre formas de propiedad y relaciones de producción hasta las aplicables a cada modo de producción (cazador, doméstico, feudal, etc.). La única forma de dar un cierto sentido general al enorme y anárquico conjunto de analogías y comparaciones de la etnoarqueología es admitir sólo las que encajan en alguno de esos principios generales. Como es habitual en el marxismo clásico, Gándara se debate entre el afán nomotético positivista y la conciencia de la historicidad inevitable de los datos y la contingencia del conocimiento científico.

La contribución de Almudena Hernando pretende también resolver una contradicción parecida, la que existe entre una etnoarqueología moderna y positivista (procesual) que proyecta hacia el pasado nuestra mentalidad capitalista con un concepto evolucionista-colonial basado en la superioridad del presente, pero que permite trabajar de forma "científica", y una etnoarqueología posmoderna y hermenéutica (posprocesual) que nos coloca ante la disyuntiva de renunciar a un conocimiento objetivo del pasado. También aquí, desde una perspectiva estructuralista, aparecen como tabla salvadora unas leyes que permiten entender la realidad del pasado y cuya generalidad autoriza su acomodación a múltiples situaciones concretas. El principio de que cada estadio cultural cuenta con una racionalidad interna que lo estructura y se refleja en la cultura material, supone una puerta abierta a la explicación del pasado. El estructuralismo actual, con su reciente matiz multiculturalista, acepta que un menor desarrollo tecnológico no implica menor complejidad cultural, apreciando los recursos materiales y cognitivos que los "otros" crearon para resolver sus proble-

mas, antes de que la uniformidad del capitalismo los acabe borrando del planeta.

El trabajo de Alfredo González Ruibal, basado en la teoría poscolonial, introduce un campo reprimido en la investigación científica, el político. Se parte del supuesto de que cualquier estudio de los "primitivos" los convierte precisamente en grupos retrasados con respecto a nosotros, pues se trata de una relación unidireccional en la que únicamente desde este lado es posible "hablar". De nuevo enfrentado al dilema de abandonar la investigación, su propuesta explícita los condicionamientos poscoloniales del trabajo etnoarqueológico. Del rechazo de las posturas procesuales o sociobiológicas se deduce que los etnoarqueólogos posprocesuales son de los pocos que se acercan al Otro para aprender de su forma de vida y conocimientos. Rechazar que ello sirva únicamente para entender nuestro propio pasado es el siguiente paso en la toma de conciencia poscolonial: tanto o más interesan las formas de vida tradicionales en sí mismas. Su análisis de la identidad étnica actual en la frontera etíope-sudanesa resulta más interesante para conocer la globalización de las zonas periféricas que para entender, por ejemplo, fenómenos parecidos de nuestra Edad del Hierro. Por si acaso, el autor se guarda mucho de dar el salto entre ambos contextos, prefiriendo concentrarse en la contribución que la etnoarqueología puede aportar a la antropología en sentido amplio (González Ruibal 2006).

De la parte teórica presentada por los organizadores del congreso (Assumpció Vila, Jordi Estévez, Juan Antonio Barceló y otros) destaca su propuesta metodológica aplicada a la investigación de la Patagonia argentina: contrastar la información etnohistórica de los grupos que allí vivieron con las excavaciones arqueológicas de sus asentamientos. Con ello se pretende evaluar la propia metodología arqueológica, con el ambicioso objetivo de que la etnoarqueología deje de ser necesaria al darnos la arqueología sola toda la información relevante. Ahora bien, los resultados no parecen muy novedosos, por ejemplo que no todos los materiales orgánicos se conservan y la imagen arqueológica es incompleta (Orme 1981: figs. 8-11, 15-16), o que las muestras estadísticamente significativas no siempre lo son culturalmente (Orton 1988: 207-228). Por otro lado, la subordinación de las mujeres (enfocada cuantitativamente por J.A. Barceló y otros) constituye lo que el grupo denomina "Contradicción Principal" de las sociedades cazadoras-recolectoras. Esta dialéctica explica muchos aspectos sociales del Paleolítico en general, y provendría de la necesidad de controlar los mecanismos de reproducción para mantener el equilibrio con el medio ambiente. Rebajar la fecundidad femenina sólo fue posible infravalorando sus aportes económicos. Proponer esa discriminación como algo universal entre cazadores es contradictorio con la explicación *contextual* que la liga a puntuales desequilibrios, salvo que estos fueran algo permanente, pero los datos etnoarqueológicos indican lo contrario: una situación de confianza y reparto entre cazadores y medio ambiente (Ingold 2000). También implica

un cierto carácter *natural* para la subordinación femenina, como criticó A. Hernando en los debates de la reunión, olvidando las numerosas resistencias y las situaciones "hegemonicamente igualitarias" en numerosas sociedades (Ortner 1996). Por otro lado, sorprende que los editores citen casi únicamente sus propios trabajos previos, en una actitud adanista que desdeña la extensa bibliografía disponible sobre el estadio cazador-recolector de la humanidad, tanto desde el punto de vista general antropológico (Sahlins, Clastres, Ingold, Bird-David, etc.) como desde la teoría feminista (Sacks, Leacock, Dahlberg, Ortner, etc.).

DAVID, N. y KRAMER, C. 2001: *Ethnoarchaeology in action*. Cambridge University Press. Cambridge.
FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. 1994: "Etnoarqueología: una guía de métodos y aplicaciones". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 49(2): 137-169.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. 2006: "The past is tomorrow. Towards an archaeology of the vanishing present". *Norwegian Archaeological Review*, 39(2): 110-125.

INGOLD, T. 2000: *The Perception of the Environment. Essays in Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge. Londres.

ORME, B. 1981: *Anthropology for archaeologists*. Duckworth. Londres.

ORTNER, S. 1996: *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*. Cambridge University Press. Cambridge.

ORTON, C. 1988: *Matemáticas para arqueólogos*. Alianza Editorial. Madrid.

Víctor M. Fernández Martínez. Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Profesor Aranguren s/n. 28040 Madrid.

Correo electrónico: victormf@ghis.ucm.es

IGNACIO GRAU MIRA (ed.): *La aplicación de los SIG en la arqueología del paisaje*. Publicaciones Universidad de Alicante, Serie Arqueología. Alicante, 2006, 260 pp. + 1 cd-Rom. ISBN: 84-7908-863-X.

Esta obra recoge las aportaciones a la reunión científica que convocó los días 18 y 19 de noviembre de 2004 en la Universidad de Alicante a algunos de los mejores especialistas sobre aplicaciones SIG y estudios de Paisaje en la arqueología española, junto a jóvenes investigadores que utilizaron este foro como un medio para dar a conocer los resultados de su investigación. En la presentación, el editor valora acertadamente el objeto de investigación y las aportaciones de cada uno de los trabajos, por lo cual, las apreciaciones que siguen abundan, globalmente, algunos de los plantea-

mientos teóricos y metodológicos de mayor interés tratados en esta obra.

La edición de esta monografía, se explica por el hecho de que la arqueología española sólo contaba, hasta el momento, con un estudio de referencia (Baena *et al.* 1997). El tiempo transcurrido desde su publicación y la calidad de las aportaciones justifican sobradamente la importancia de la iniciativa. La simple comparación de los títulos de ambas obras ya nos hace reflexionar sobre el camino seguido a lo largo de estos años. Nuevos términos como *paisaje visual*, *cuenca visual acumulada*, *ángulo de incidencia visual*, *índice de prominencia*, *visibilización*, *recorrido acumulado* (referido al caudal potencial de un curso fluvial), *superficies de costas*, *rugosidad topográfica* o *cálculos de valores de fricción*, *potencial productivo del entorno*, etc, han venido a sumarse y/o a desarrollar conceptos como cuenca visual, altitud absoluta y relativa, red hidrográfica, clases de suelos, etc., manejados por la Arqueología Espacial hace más de dos décadas. Tras ellos se esconde una forma muy sugerente y hasta cierto punto novedosa de abordar los estudios sobre el Paisaje, a partir de la implementación de aplicaciones SIG en Arqueología.

Los artículos se dividen, de forma equivalente, entre las aproximaciones teóricas y metodológicas y las aplicaciones y casos de estudio aunque no siempre queda clara la línea de separación entre ambas partes, al ser aspectos íntimamente ligados. La obra puede considerarse un buen reflejo de la variedad de orientaciones teóricas y metodológicas presentes en la Arqueología del Paisaje y del esfuerzo realizado por los investigadores para superar sus limitaciones técnicas y financieras. Esta multiplicidad es una muestra significativa del dinamismo y la aceptación del método, frente a una etapa inicial en la que las herramientas SIG se infrutilizaban e, incluso, desvirtuaban empleándose, simplemente, en la elaboración de mapas temáticos dentro de rutinas de mera repetición de unos pocos procedimientos de análisis que aplicaban algoritmos predeterminados en ciertos programas, encorsetando los estudios arqueológicos en rígidos esquemas geográficos de marcado carácter presentista. Una de las grandes aportaciones de este volumen ha sido mostrar cómo los investigadores, en estos últimos años, se han atrevido a desarrollar análisis básicos adaptados al diseño y a las necesidades de cada proyecto, proponiendo aplicaciones específicas en el campo de la Arqueología.

Con gran acierto C. Parceró y P. Fábrega inciden en la importancia de los SIG, a partir de la capacidad del investigador para insertarlos adecuadamente, como una herramienta de análisis útil, en el diseño de un proyecto, valorando sus posibilidades para validar las hipótesis de partida e interpretar los patrones de poblamiento. El objetivo de los SIG, por tanto, no es la restitución del paisaje antiguo, sino la evaluación del peso que juegan los aspectos geográficos en la reconstrucción del proceso histórico además de servir como herramientas para la organización y gestión de los datos arqueológicos y para mejorar los sistemas de represen-

tación. Estos planteamientos constituyen el núcleo central de la interpretación arqueológica y resultan básicos para comprender el estadio de madurez alcanzado por la mayoría de los casos que aquí se presentan, más allá de dejarnos sorprender por los avances y novedades puramente técnicas.

Tal y como apuntan J. Baena y P. Ríos, los SIG son, esencialmente, recursos que permiten evaluar, desde los aspectos físicos o paleogeográficos al comportamiento de las comunidades del pasado que debería interpretarse siempre en clave antropológica. En la línea de trabajo de J.A. Barceló, A. Maximiano y O. Vicente, una de las mayores aportaciones de las aplicaciones SIG a la Arqueología del Paisaje ha sido estimular la reflexión sobre aspectos relacionados con las acciones sociales en el marco de una estructura física, dinámica y cambiante. La definición de un nuevo entorno de trabajo ha dado un gran impulso a las actuaciones experimentales que tratan aspectos tan variados como la determinación del alcance potencial de la vista humana para observar la superficie de un terreno o distinguir siluetas o señales bajo condiciones muy diversas, el análisis de los tiempos empleados en recorrer una distancia atendiendo a las condiciones del terreno, los cálculos demográficos, etc. A la vez, este proceso de deconstrucción e introspección, ha permitido poner, nuevamente, en evidencia muchos de los déficits en la calidad de los datos de partida aportados por la investigación arqueológica, relativos tanto a la falta de precisión en la secuencia temporal como en la reconstrucción paleoambiental. A ellos se añaden los errores e imprecisiones que provienen de las informaciones geográficas y cartográficas que manejamos.

En esta vía experimental destacan, especialmente, los avances en la comprensión de la estructura visual del paisaje, con aportaciones al desarrollo de los conceptos de visibilidad y visibilización (M. Zamora, C. Parceró y P. Fábrega, L. García Sanjuán *et al.* y C. Ruestes), al análisis del caudal potencial de las redes fluviales, al concepto de recorrido acumulado (X. Esteve) y a los análisis de accesibilidad con el cálculo de caminos óptimos, análisis de proximidad, delimitación de territorios de explotación, etc. (C. Parceró y P. Fábrega, I. Grau, G. García Atiénzar y M. Martínez Bea).

Si bien, tal y como apunta M. Llobera, estas aplicaciones de tipo SIG tienen un origen tan diverso como el propio bagaje teórico del investigador u otras fuentes de inspiración tan válidas como la propia experiencia o nuestra intuición sobre el terreno, la interpretación de los modelos debe tener una base estadística, que muestre las regularidades y/o discontinuidades en las variables seleccionadas. Así, uno de los aspectos que despiertan mayor interés en esta obra ha sido la posibilidad de contrastar la fiabilidad estadística de los modelos obtenidos respecto a simulaciones generadas a partir de la distribución de nubes de puntos aleatorios, en estudios de cuencas visuales (L. García Sanjuán *et al.*), de rutas óptimas respecto a caminos naturales o vías pecuarias (J. Bermúdez y S. Fairén *et al.*) o para comprobar la importancia de la red hidrográfica (J. Bermúdez, V. Mayoral y T. Chapa).

Los casos de las aplicaciones SIG representan un avance significativo en la formalización de modelos simbólicos, cada vez más complejos, en la línea de los de D.L. Clarke (1984), sin olvidar que dichos modelos tienen como principal objetivo el análisis de la variabilidad, la búsqueda de los factores significativos que influyen en la localización de los asentamientos. Su principal objetivo es, por tanto, interpretar las diferentes respuestas posibles de los modelos estocásticos, abordando los aspectos primarios de las acciones sociales del hombre en su proceso de interacción con la naturaleza. A la vez, aspiran claramente a integrar un conjunto mucho más amplio de informaciones arqueológicas significativas, entre las que destacan los enclaves de pinturas rupestres, petroglifos, megalitos, etc., es decir, de todo tipo de marcadores territoriales relacionados con la construcción simbólica del paisaje.

Entre las líneas de investigación que se apuntan para los próximos años en el ámbito de las aplicaciones SIG en Arqueología destaco los estudios específicos dentro de los asentamientos y la incorporación de la arquitectura como factor de análisis, la investigación de los procesos de formación de los depósitos de un yacimiento a una escala de detalle, la incorporación de la documentación parcelaria como información relevante para la comprensión de la estructura global del paisaje, la elaboración de modelos predictivos y la difusión de la documentación almacenada a través de la red, sin olvidar el reto de una modelización virtual 3D, que sea capaz de mostrar la variación paisajística sufrida por un territorio concreto a lo largo del tiempo.

La obra editada por el Dr. I. Grau sirve para hacer una parada en el camino y recapitar sobre la importancia de estos procedimientos de análisis. Sería deseable que en el diseño de este escenario futuro los estudios de carácter locacional fueran suficientemente críticos, especialmente en el ámbito de la prospección arqueológica que me es tan cercana donde se corre el peligro de convertir las aplicaciones SIG y el empleo del GPS en el objeto mismo de la investigación.

BAENA PREYSLER, J.; BLASCO BOSQUED, C. y QUESADA SANZ, F. (eds.) 1997: *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.

CLARKE, D.L. 1984: *Arqueología analítica*. Bellaterra. Barcelona.

Luis María Gutiérrez Soler. Centro Andaluz de Arqueología Ibérica. Universidad de Jaén. Campus Las Lagunillas s/n. 23071 Jaén.
Correo electrónico: lmsoler@ujaen.es

DARÍO BERNAL, BARAKA RAISSOUNI, JOSÉ RAMOS y ABDELJALIL BOUZOUGAR (eds.): *Actas del I Seminario Hispano-Marroquí de especialización en Arqueología*. Uni-

versidad de Cádiz. Cádiz, 2006, 404 pp. ISBN: 978-84-9828-092-0

La relación hombre-medio, estudios de territorio, arqueología del paisaje, Sistemas de Información Geográfica son temas de gran actualidad en la arqueología mundial. Sin embargo, muchas de esas perspectivas se encuentran condicionadas por las fronteras políticas y por las realidades culturales actuales. Superar esos límites geográficos artificiales no es fácil, pero es necesario si se quiere tener una mejor perspectiva y comprensión del pasado. Hace algunos años García Marín y otros (1997) exponían la deficiente relación entre la arqueología española y portuguesa, y las dificultades de cooperación internacional. Si planteásemos un estudio similar entre Marruecos y España el panorama sería aún más desolador. Al margen de las intervenciones en el periodo de protectorado, y de intervenciones puntuales en las últimas décadas condicionadas por los avatares políticos poca ha sido la colaboración (1). Y si nos preguntásemos individualmente qué conocemos de la Prehistoria y arqueología de Marruecos en muchos casos la sensación de ignorancia sería aun mayor.

El estrecho de Gibraltar puede ser considerado una barrera, pero el mar en la antigüedad, como han dicho muchos sabios, unía más que separaba. Las dos orillas del estrecho han tenido una historia común y comparten temas de investigación que es necesario afrontar conjuntamente: desde la llegada de los primeros homínidos a Europa, el papel del Norte de África en el proceso de neolitización, el arte rupestre, la presencia Campaniforme en el Norte de Marruecos, el comercio de materias primas como el marfil, la colonización fenicia y la romanización (en el llamado "Círculo del Estrecho") y finalmente la expansión y dominación islámica.

Por ello iniciativas como el Seminario Hispano-Marroquí celebrado del 11 al 18 de diciembre de 2005 con conferencias y visitas a yacimientos en ambos países son necesarias para superar lo que los editores identifican como desconexión de los ambientes académicos, universitarios y científicos de España y Marruecos. Tradicionalmente los estudiantes marroquíes han estudiado en universidades francesas y la cooperación con las universidades españolas ha sido muy limitada.

Este seminario ha incentivado la presencia de estudiantes de ambos países en las universidades de Cádiz y Abdelmalek Essadi de Tetuán y el programa de actividades ha pretendido cubrir una amplia temática, desde aspectos de geología, teoría arqueológica, gestión del Patrimonio y musealización de yacimientos. Los alumnos becados que han participado en el seminario, una gran parte de ellos ya licenciados, cubren también

(1) En los últimos años el Ministerio de Cultura, a través de sus convocatorias de excavaciones en el extranjero ha subvencionado actividades en Lixus bajo la dirección de Carmen Aranegui de la Universidad de Valencia, y en la región de Sus-Tekna bajo la dirección de Jorge Onrubia de la Universidad de Castilla-La Mancha.

un amplio abanico de intereses de la investigación y resulta interesante conocer las impresiones individualizadas de una gran parte de ellos, acertadamente recogidas en uno de los apartados del libro (Valoración e impresiones de los participantes, pp. 347-397).

Los contenidos del Seminario ahora publicado (28 trabajos) tienen un doble valor, además de su función docente. Por un lado ofrecen visiones de síntesis sobre determinados temas ya sea general como la de M. Kbiiri Alaoui sobre el Marruecos púnico, o más concreta como la de Fernando Villada sobre la arqueología en Ceuta entre 2000 y 2005, o con una perspectiva historiográfica, como la de José María Blázquez sobre los trabajos de Porsich y Tarradell en Marruecos. Por otro lado se ofrecen datos y novedades de la investigación como los estudios de Neolítico en la región de Tánger y Tetuán, por parte de Abdeljalil Bouzougar, o el estudio de la moneda antigua del Museo de Cádiz por parte de Alicia Arévalo.

Una parte significativa del libro está dedicada a la gestión del patrimonio y museos, y es aquí donde se refleja en mayor medida las diferencias en la situación de la arqueología en ambos países, con sistemas opuestos (descentralizado en España frente a otro centralizado en Marruecos) al margen de la cantidad de recursos disponibles en cada uno de ellos. Como contrapunto puede comentarse la consolidación de los cursos internacionales de Arqueología clásica en Baelo Claudia (A. Arévalo y D. Bernal) frente a la situación de propuesta de B. Raissouini de puesta en marcha de un yacimiento escuela en Tamuda (Tetuán) que permita actividades de docencia y de conservación y protección del yacimiento.

Los textos se encuentran en castellano o francés, salvo la crónica, un texto bilingüe castellano y árabe. Además, todos los trabajos recopilados cuentan con resumen en castellano, francés y árabe y van acompañados de abundante documentación gráfica, mayoritariamente en color.

Iniciativas como las de este Seminario no son fáciles de realizar y suponen un gran esfuerzo por parte de los organizadores. Además el haber plasmado sus contenidos en un libro publicado casi inmediatamente (menos de un año) otorga a esta reunión un valor añadido. Por ello debemos felicitar a los organizadores y editores por su trabajo y desear que sigan teniendo ánimos para superar las complejas vicisitudes burocráticas y consigan una continuación periódica de estos encuentros bilaterales.

GARCÍA MARÍN, A.; RODRÍGUEZ ALCALDE, A.; SAN MILLÁN, M^a J.; VICENTE, G. de y MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a I. 1997: ¿Nos pasamos de la raya? La frontera hispano-portuguesa a través de las publicaciones de Prehistoria y Protohistoria. *Trabajos de Prehistoria*, 54(1): 35-56.

Ignacio Montero Ruiz. Instituto de Historia, CSIC. Albasanz 26-28. 28037 Madrid.
Correo electrónico: imontero@ih.csic.es

JOHN M. LINDLY: *The Mousterian of the Zagros: A Regional Perspective*. *Anthropological Research Papers* 56. Arizona State University. Tempe, 2005, vi + 116 pp., il. ISBN: 0-936249-17-X.

Los montes Zagros son para los paleolitistas una especie de Lejano Oriente, uno de los lugares exóticos que, desde mi temprana lectura de *Las siete cuevas* de Carleton S. Coon publicada por la añorada Editorial Labor, siempre representó ese romanticismo de lo lejano, y donde la existencia de Paleolítico también nos indicó que este no era sólo algo cercano sino que no teníamos nada que envidiar a nuestros colegas arqueólogos. Como, desgraciadamente, la investigación en esta región ha sufrido muchos altibajos (mas bajos que altos) que hacen que sea difícil seguir una tradición, este trabajo llega a cubrir un cierto vacío, aunque sea una revisión de otros anteriores.

El libro se estructura en once capítulos, iniciándose con un examen histórico de la investigación, comenzando por los trabajos clásicos de D. Garrod, C.S. Coon, el proyecto Irak - Jarmo con el famoso descubrimiento de la *Flower people* de Sahnidar, o los trabajos de McBurney. En general podemos considerar que estas investigaciones se pueden incluir dentro de una arqueología colonial orientada hacia la resolución del origen del Paleolítico europeo, especialmente hacia el origen de las industrias del Paleolítico Superior y las industrias de hojas. El resultado fue el establecimiento del denominado "Musteriense del Zagros" caracterizado por las raederas espesas y la falta de técnica Levallois clásica, aunque las revisiones posteriores han matizado esta visión.

Los capítulos tres a cinco proveen de una visión sobre el medio, la cronología y un interesante capítulo sobre las adaptaciones a la alta montaña. Mientras que en el medio ambiente o la cronología se hace una revisión global mas centrada en las regiones cercanas dada la ausencia de datos sobre la propia región de los Zagros, en el caso de las adaptaciones a la alta montaña se presenta un interesante corpus de información sobre los modelos de asentamiento de los grupos nómadas del suroeste de Asia desde los beduinos de la región de Palestina hasta los agricultores afganos. En general podemos observar que los diferentes grupos beduinos tienen un aprovechamiento integral de su territorio, ocupando en altitud pastos de verano y refugiándose en el llano durante el invierno. Es interesante constatar que lo mismo parece ocurrir con los agricultores afganos. Este, por otro lado, es el modelo clásico de la trashumancia. En el caso de la fauna actual el esquema es semejante, estando basada en la presencia de cabras y ovejas salvajes con movimientos algo mas variados. Para los carnívoros es más complejo establecer pautas dada la presión antrópica, aunque se señala la existencia de lobos, leopardos de las nieves, hienas y osos que en su mayor parte son tanto cazadores -cuando pueden- como carroñeros.

Las propuestas teóricas se centran en dos: el uso del

territorio y la tecnología lítica. El uso del territorio cuenta en la región con una cierta tradición partiendo de los trabajos de Binford (1980) en su clásica división entre forrajeadores y recolectores, que implican un uso diferente de los instrumentos líticos, o al menos de su visibilidad. Así los forrajeadores utilizarían instrumentos expeditivos, mientras que los recolectores los usarían mas complejos y los “conservarían”. Este modelo sin embargo es demasiado simplista y no recoge la diversidad de actividades realizables por un grupo humano en un asentamiento dado. También se incorpora la distinción de Marks y Freidel (1977) entre modelos radiales y circulares, aunque se observa cómo estos modelos responden mejor a una adaptación a ecosistemas locales que a algo generalizable. Lo mismo se puede decir del modelo de Henry (1994) que, básicamente, reproduce el modelo trashumante de los beduinos. En general todos ellos, junto al de Coinman y otros (1986), sólo serán utilizables con un amplio corpus de yacimientos y con estudios mas profundos sobre las relaciones *intrasite*, con datos de materias primas, estacionalidad de la fauna, etc. En el caso de la tecnología lítica se revisan los modelos clásicos aunque se hace una visión algo idílica sobre las posibilidades que los modos de producción lítica propios de un yacimiento pueden tener para comprender el modelo de ocupación del territorio, problema este que aparece de forma redundante en los estudios sobre el Próximo Oriente. Un punto de reflexión nos lleva a considerar cómo estos modelos –de difícil aplicación en Europa con una densidad relativamente alta de yacimientos y con un marco cronológico más o menos precisado– se pueden aplicar al Próximo Oriente donde ni el número de yacimientos, ni la cronología son claras y en muchos casos, como es este, los materiales proceden de excavaciones antiguas y poco controladas. Es evidente la importancia de esta región en la caracterización de las industrias neandertales y de las de los humanos modernos pero la aplicación de modelos teóricos sólo aporta mas y mas variaciones sobre el tema y pocas conclusiones.

La metodología utilizada es en cierto modo la clásica, analizando las características de las lascas como las longitudes, los talones, la morfología de los soportes, la presencia y situación del cortex, la tipología y los procesos de reducción (*sensu* Dibble 1984). Para los núcleos se analiza el tamaño, la dimensión de la última extracción, el número de ellas, la existencia de cortex y la técnica utilizada. Estos atributos se aplican a siete yacimientos, todos ellos excavados antes de los setenta y, en general, con baja densidad de materiales. El mas rico Warwasi tiene 823 lascas, 127 piezas retocadas y 241 núcleos, una proporción muy desequilibrada entre núcleos y soportes. Mas curioso es el yacimiento de Shanidar con 121 lascas, 48 piezas retocadas y un núcleo (*sic*) para más de 8 metros de estratigrafía, lo que sin ser excesivamente críticos nos indica una fuerte selección, propia de la arqueología colonial característica de la época y que, en nuestra opinión, sesga cualquier conclusión. Así las comparaciones con otras áreas cercanas como Siria - Palestina o el Cáucaso se orien-

tan más hacia este último, por otro lado más cercano geográfica y geomorfológicamente. Es curioso que la diferencia con Siria - Palestina sea la mayor presencia de reducción y visibilidad tipológica, que es lo que por otro lado podría esperarse de las diferentes metodologías de excavación utilizadas.

Las conclusiones proponen la única posibilidad de interpretación posible, la estacionalidad de las ocupaciones aprovechando esta zona de alta montaña durante los meses de verano, con estancias efímeras o cortas que, en algunos casos, presentan una tasa de producción lítica media. En general podemos decir que nos encontramos ante otro intento de caracterizar una entidad difusa y difuminada por unas excavaciones más que criticables, con unos datos muy seleccionados y con una resolución que no permite establecer mayores apreciaciones.

BINFORD, L.R. 1980: “Willow Smoke and Dog’s Tails: Hunter Gatherer Settlement Systems and Archaeological Site Formation”. *American Antiquity* 45: 4-20.

COINMAN, N.; CLARK, G.A. and LINDY, J. 1986: Prehistoric Hunter-gatherer Settlement in the Wadi el’Hasa, West-Central Jordan. En L.G. Straus (ed.): *The End of the Paleolithic in the Old World*. BAR- IS 284. Oxford: 129-169.

DIBBLE, H. 1984: Interpreting Typological Variation of Middle Paleolithic Scrapers: Function, Style or Sequence of Reduction? *Journal of Field Archaeology* 11: 431-436.

HENRY, D.O. 1994: Prehistoric Cultural Ecology in Southern Jordan. *Science* 265: 336-341.

MARKS, A. and FREIDEL, D. 1977: “Prehistoric Settlement Patterns in the Avdat/Aquev Area”. En A. Marks (ed.): *Prehistory and Paleoenvironment in the Central Negev, Israel*, 2. Southern Methodist University Press. Dallas: 131-159.

Federico Bernaldo de Quirós. Área de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de León. Campus de Vegazana. 24071 León. Correo electrónico: f.bquiros@unileon.es

EL CHAMANISMO CABALGA DE NUEVO. UNA PROPUESTA NUEVA DE CARÁCTER TRADICIONAL SOBRE EL ARTE PREHISTÓRICO.

CHAMANISM RIDES ONE MORE TIME. A NEW PROPOSAL OF TRADITIONAL CHARACTER ON PREHISTORIC ART.

M. LORBLANCHET, J.L. LE QUELLEC, P.G. BAHN, H.P. FRANCFORT, B. y G. DELLUC (dir.): *Chamanismes et arts préhistoriques. Vision critique*. Ed. Errance. Paris, 2006, 336 pp. ISBN 2 87772 323 2.

El evolucionismo optimista de Morgan (1971) o Tylor (1977) proponía que la sociedad occidental era el culmen de una humanidad que había caminado por las mismas sendas, dejando en el camino conjuntos fosilizados, expresión de un pasado menos perfecto, al que se otorgaba la condición de infantil o inmaduro.

Los primeros intérpretes, evolucionistas reconocidos, evolucionistas heréticos en forma difusionista, o francotiradores traductores de una realidad difícil, asumieron esto sin crítica. El pensamiento primitivo quedó reducido al miedo y a la dependencia religiosa, su expresión a la mecánica mítica y a la necesidad. Eran humanos sin terminar, sin capacidad de abstracción. Los primeros documentos artísticos paleolíticos aparecieron entonces, y se encontraron en el interior de las cavernas, ambientes primitivos e inciviles para los europeos de la época.

Nada más fácil que tomar el todo por la parte y considerar a los artistas como seres dependientes de ideas simples y unívocas. Nada más sencillo que motivar sus actos por una ideología mal explicada, que mezclaba magia, totemismo, animismo y religión, con ofician-tes en forma de sacerdotes o chamanes (Cartailhac y Breuil 1906).

No sabemos lo que quiere decir el Arte Paleolítico. Sin embargo entendemos ahora mejor sus imágenes, su distribución y su ubicación. Tenemos más documentos y en consecuencia podemos afinar más en lo que no quiere decir.

No eran nuestros paleolíticos adolescentes temerosos de pensamiento único. No vivían aislados en grupúsculos, dentro de cuevas hostiles; las humanizaban aprovechándolas. Se iluminaban como los occidentales decimonónicos, con lámparas de aceite y conocían bien su hábitat. Sus agrupaciones llegaron a ser grandes y organizadas, como en Ardines, El Castillo o Kostienki. Vivían parte del año al exterior y allí nos dejaban también sus obras. No poseían espacios religiosos seleccionados, actuaban en lugares de paso, vivienda, trabajo y enterramiento. No hay nada misterioso en la sala decorada de Altamira, ni en La Pasiega, ni en La Lluera, Chufín, Cap Blanc o Ambrosio, donde la luz llegaba sin impedimentos. No son el misterio, la ocultación, la mística o la taumaturgia, los que produjeron Siega Verde, Cõa, Piedras Blancas o Molino Manzánuez, que se grababan a la intemperie, en sitios de paso o dominio visual (Balbín y Alcolea 1999, 2001, 2002, 2005).

Ante el mutismo de la obra parietal, los analistas debieron acudir a los pueblos primitivos. Sin una organización adecuada, tomaron un ejemplo de aquí y otro de allá, con la religión como motor único.

Muchos prehistoriadores habían bebido de fuentes evolucionistas o difusionistas, entre otros Breuil, gran investigador de campo con poco aparato teórico. Más difusionista que evolucionista, era amigo del padre Schmidt, sacerdote católico y creyente implícito en la deidad única originaria (König 1960). Leroi-Gourhan (1971) hizo un intento pretendidamente independiente, de interés, que no estuvo desprovisto de lastres. Debía parte de su teoría a Max Raphael (1986) y al

estructuralismo francés. Huyó de los paralelos etnológicos pero los utilizó, asumiendo sin crítica la motivación religiosa del arte.

El imperio científico de Leroi-Gourhan y el carácter materialista de su propuesta, produjeron muchos detractores. A su muerte surgieron reacciones contra su sistema estilístico y contra su interpretación bipolar y maniquea. Una parte de aquellas ha vuelto a los principios del pasado, que parecía iban siendo superados.

La religión, el mito, la magia o la taumaturgia tuvieron desde el principio intermediarios (Breuil y Cartailhac 1908), siempre de carácter religioso, necesarios por la imposibilidad de comprensión directa del mensaje. Eso podía llamarse chamanismo, que es en realidad una propuesta de oficiante, el cual bajo estados de ánimo anormales, representa formas que sólo él entiende. Lo misterioso de lo representado, el carácter mítico-religioso-mágico-taumaturgico, cabalga de nuevo, ahora bajo la figura de un chamán. El tiempo parece no haber transcurrido.

La teoría de Lewis Williams, asumida luego por Jean Clottes (Clottes y Lewis Williams 1996), apareció casi como un axioma, que había que aceptar con fé. Fué acogida con vehemencia por aquellos que querían explicar el arte sin complicaciones, pero con el tiempo han aparecido las necesarias críticas.

El libro que ahora comento recoge algunas principales. A los autores les une su rechazo a la teoría de Lewis-Williams, pero no su ideología. Abordan desde diversas ópticas la propuesta chamánica, aduciendo su falta de entidad científica y la imposibilidad de su comprobación en el pasado. Si el chamanismo pretende una aplicabilidad general, este libro propone críticas desde diversos sitios y formas. Una afirmación general debe responderse con ejemplos variados. La obra se divide en dos partes, la primera dedicada al Arte Paleolítico europeo. La segunda a comportamientos no paleolíticos o extraeuropeos.

P. Bahn incorpora su desacuerdo con la teoría, en un sentido ya propuesto en el I Symposium de Ribadesella (Bahn 2003). Se opone al uso universal del sistema, improbable, que parece adoptar forma dogmática en manos de Clottes y Lewis-Williams. Sus paralelos actuales son heterogéneos e inverificables, lo mismo que las tres etapas del trance o el trance mismo.

G. Delluc ejerce ahora su faceta médica, analizando la alucinación y su relación con las visiones chamánicas. Afirma la incongruencia científica de la propuesta y la inexistencia de los supuestos tres estados. M. Lorblanchet no es discípulo de Leroi-Gourhan, ni enemigo de las interpretaciones religiosas. A partir de sus experiencias personales en el Quercy, la India y Australia, propone críticas al sistema chamánico. Pech Merle le sirve como ejemplo de ordenación y reutilización, lejano a un principio chamánico alucinado.

P.H. Francfort define el sistema chamánico como circular, que explica los datos arqueológicos, lo mismo que los datos arqueológicos le explican a él mismo. Parece una religión universal por defecto, como en

su momento lo fueron la magia de la caza, el animismo o el totemismo. El arte rupestre debe ser más un proceso consciente de selección, de elaboración intelectual, de construcción de figuras y de composición.

La segunda parte comienza con M. Díaz-Andreu, docente en el Reino Unido, que trata del arte Levantino. No es especialista en Arte Prehistórico, sino en historiografía e historia de género, pero sale bastante airoso de la prueba. La versión de Le Quellec es otra vez negativa sobre el procedimiento chamánico. Se basa, según él, en la selección descontextualizada de algunos documentos, para generar un problema no verificable, que se interpreta desde el gabinete sin trabajo empírico de campo.

Los siguientes autores aplican la crítica del sistema a sus propios ámbitos, dentro de la globalidad del arte prehistórico: el arte bosquimano, el Altai mongol, el arte precolombino y el norteamericano.

En suma, y por diversos caminos, se afirma algo que muchos pensamos. La propuesta chamánica no es innovadora, ni explicativa, ni demostrable, pero sí religiosa, universalista, monoetiológica y reduccionista. El chamanismo no es diferente de la religión o la magia, y forma parte inseparable de las explicaciones tradicionales sobre el arte paleolítico, aunque su presentación aparente novedad o modernidad. Bueno es leer esta obra y saber por dónde van los tiros.

BAHN, P. 2003: "Lfbrenme del último trance: una valoración del mal uso del chamanismo en los estudios de arte rupestre". En R. de Balbín y P. Bueno (eds.). *Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico. Ribadesella, Octubre 2002*: 53-73. Ribadesella

BALBÍN, R. de y ALCOLEA, J.J. 1999: "Vie quotidienne et vie religieuse. Les Sanctuaires dans l'Art Paléolithique". *L'Anthropologie* 103: 23-49.

– 2001: "Siega Verde et l'art paléolithique de plein air: quelques précisions sur son contenu, sa chronologie et sa signification". En *Les premiers hommes modernes de la Péninsule Ibérique. Actes du Colloque de la Commission VIII de la UISPP.* (Vila Nova de Foz Côa 2001): 205-236. Lisboa.

– 2002: "L'art rupestre paléolithique à l'intérieur de la Péninsule Ibérique: une vision chrono-culturelle". En *L'art Paléolithique à l'air libre. Le paysage modifié par l'image. Tautavel, Francia, 2002*: 139-158. Carcassonne.

– 2005: "Espace d'habitation, espace d'enterrement, espace graphique. Les coïncidences et les divergences dans l'art paléolithique de la corniche cantabrique". En D. Vialou, J. Renault-Miskowsky, M. Pathou-Mathis (ed.): *Comportements des hommes du Paléolithique moyen et supérieur en Europe: territoires et milieux. Actes du colloque du G.D.R. 1945 du CNRS, Paris 8-10 Janvier 2003-Liège. ERAUL* 111: 193-206.

CARTAILHAC, E. y BREUIL, H. 1906: "*La caverne d'Altamira à Santillane près de Santander (Espagne)*". Imprimerie de Monaco. Monaco

CLOTTES, J. y LEWIS-WILLIAMS, D. 1996: *Les*

Chamanes de la Préhistoire. Transe et magie dans les grottes ornées. Le Seuil. Paris.

KÖNIG, F. (dir.) 1960: *Cristo y las religiones de la tierra.* BAC. Madrid, 3 vols.

LEROI-GOURHAN, A. 1971: *Préhistoire de l'art occidental.* Mazenod. Paris.

MORGAN, H. 1971: *La sociedad primitiva.* Ayuso. Madrid

RAPHAEL, M. 1986: *L'art pariétal paléolithique.* Kronos. Limoges

TYLOR, E.B. 1977: *Cultura Primitiva.* Ayuso. Madrid

Rodrigo de Balbín Behrmann. Universidad de Alcalá de Henares. Colegios 2. 28801 Alcalá de Henares. Correo electrónico: rodrigo.balbin@uah.es

PEDRO DÍAZ-DEL-RÍO y LEONARDO GARCÍA SANJUÁN (eds.): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory.* BAR International Series 1525. Hadrian Books/Basingstoke Press/Archaeopress. Oxford, 2006, xiv + 194 pp., ISBN 1-84171-962-5.

Estas líneas comienzan con una amable paradoja: en tanto que el libro editado por Díaz-del-Río y García Sanjuán contiene una serie de trabajos traducidos del español al inglés para lectores de fuera de la Península Ibérica, estas líneas se han traducido del inglés al español para ser leídas en España, en una imagen de espejo lingüístico (1). El propósito esencial de escribir el libro en inglés era alcanzar una audiencia internacional para los autores y la investigación de la prehistoria hispana que, de otro modo, hubieran quizás permanecido invisibles, y ello se ha logrado felizmente.

El punto de partida de la obra ha sido el Congreso de Arqueología Peninsular (Faro 2004), pero, a pesar de celebrarse en Portugal, sólo ha habido contribuciones de autores españoles para la publicación; la frontera nacional existe todavía, incluso en la arqueología prehistórica. Es una lástima, pues este atractivo volumen va a tener una amplia difusión, uso, cita y crítica como modelo de la arqueología moderna y de la teoría que se hace en el suroeste de Europa, y los autores portugueses debieran haber hecho el esfuerzo de lograr la audiencia internacional que tanto necesitan. No hay mérito alguno en marginalizarse de esta manera, y nada se logra con ello.

El ensayo introductorio, magistral, de Juan Vicent merece una amplia difusión. Como en el resto de las traducciones, su inglés es excelente, con estilo y un placer de leer, y en la compleja introducción está, se ve la obra de Antonio Gilman. Como indica Vicent, dos elementos primordiales se manifestaron en el Congreso: por un lado, el interés habitual por los modelos generales sobre sociedades prehistóricas avanzadas en

(1) Traducido por Francisco Marcó Simón.

la Península Ibérica, y por otro, de forma complementaria, la definición empírica de la desigualdad social. Dado que el trabajo de la mayoría de los participantes se conoce ampliamente entre los prehistoriadores españoles, y se puede consultar ya en español, esta reseña se concentra en los modelos generales presentados, objeto del interés primario de la reunión.

Frente a lo que sucede en el resto de Europa, muchos (pero no todos) los arqueólogos españoles se adhieren a un análisis social de tipo marxista, lo que Vicent llama “paradigma marxista”. Las aproximaciones marxistas en el resto de Europa han decaído bastante en los últimos 20 años y no muestran signos de recuperación en el favor de la comunidad arqueológica reputada (Biehl *et al.* 2002), lo cual es perfectamente razonable y lleno de sentido si uno lee el ensayo del intelectual francés Jean-François Revel, que explica la facilidad humana para ignorar datos que no encajan en ideas preconcebidas (Boncenne 2006).

Por el contrario, el método investigador que pone un énfasis acusado en el materialismo tiene en España todavía un valor generalmente reconocido. Dado que la arqueología prehistórica tiene como objetivo fundamental el estudio de la cultura material, el análisis marxista tiene una lógica básica con dos propuestas esenciales: que la variabilidad en el registro arqueológico debería ser interpretada en términos de desigualdad política y económica y, en segundo lugar, que es la explotación del excedente lo que determina estas relaciones. Las contribuciones de los grupos dirigidos por Castro Martínez, Cámara Serrano y Bueno Martínez (capítulos 2-4) se desarrollan de acuerdo con estos supuestos. Sus argumentos, así como las diferencias de matiz, no pueden exponerse brevemente sin distorsionarlos, pero, si los he entendido correctamente, dan cuenta de las variaciones sociales en la España meridional en términos de lucha de clases. Estas clases evolucionan hasta el nivel “estatal” en el caso argárico, donde la explotación de clase determina la totalidad de la estructura social y un grupo elitista se apropia del excedente y de los medios de producción. Este modelo ha sido desarrollado vigorosamente por Nocete (2001) y Lull (1983), y domina actualmente en las explicaciones de las realidades del sur de la Península.

Sin embargo existen claros problemas en estos enfoques. Su debilidad principal me parece que estriba en que sirve sólo para explicar unos pocos escenarios históricos conocidos en el resto de la Península Ibérica entre el Neolítico y el Bronce Final. Hay demasiadas excepciones en este “paradigma marxista” para hacerlo convincente desde el punto de vista empírico. Algunos los señala Díaz-del-Río en el capítulo 6 al criticar la pretensión de que las relaciones de clase en la Prehistoria tengan que estar basadas en “clases” sociales en sentido marxista. La misma observación, si bien de forma diferente, lleva a cabo Garrido-Pena en el capítulo 7 acerca de los campaniformes de la Meseta. Otra visión disidente es la de Bernabeu y su equipo en el capítulo 8, en parte porque trabaja con materiales neolíticos desde una perspectiva mediterránea y

por ser uno de los pocos prehistoriadores que figuran en este libro que comprende plenamente cómo afecta la tafonomía a las muestras arqueológicas. Otros autores se refieren a problemas de recogidas de muestras sin cambiar realmente las bases de su análisis. Lo que estos tres capítulos aportan es importante, al mostrar cómo el “paradigma marxista” dominante es incapaz de explicar satisfactoriamente el proceso de desarrollo diferencial en la Península Ibérica. La cuestión esencial es por qué la mayoría de las sociedades de la España central, oriental y septentrional no pueden describirse en términos de sociedades estatales. ¿Por qué no evolucionaron como las de Andalucía? Sin duda, sería más fácil contestar esta pregunta si hubiera un acuerdo entre los prehistoriadores españoles acerca de lo que son los indicadores arqueológicos esenciales de las sociedades de clase. Pero esto no ha ocurrido todavía y, en consecuencia, el debate no se ha cerrado. De hecho surgen los problemas en todas las variables arqueológicas: monumentos, defensas, jerarquías en los asentamientos, variantes funerarias, megalitos, “arte”, ajuares, simbolismo cerámico o materias primas.

Desde mi punto de vista se encontrará una salida a la situación actual cuando recientes descubrimientos, por ejemplo nuevos tipos de yacimientos como las minas de sílex o los asentamientos con foso en ambas Castillas, no predichos por las teorías dominantes y que éstas no pueden explicar, provoquen una confrontación empírica.

El otro desafío emergente, no contemplado en este congreso, es el de la ciencia arqueológica como fuente de nuevos indicadores arqueológicos. Una vez tengamos series de datos de estudios de isótopos estables en huesos humanos y animales, y comprendamos las pautas de las dietas o de las migraciones, por ejemplo, el debate cambiará de tema o de orientación. Es algo que ya sucede en la Europa central y septentrional, como puede comprobarse.

Pero volvamos a la paradoja mencionada al comienzo, la del conocimiento internacional de los trabajos e ideas de los prehistoriadores españoles. ¿Por qué el marxismo sigue siendo la forma dominante de interpretar la Prehistoria, como señala Juan Vicent, en detrimento de los modelos procesuales dominantes por *doquier*? Puede ser instructivo leer visiones recientes de cómo han surgido las tradiciones arqueológicas nacionales en otras partes de Europa. Las tradiciones no difieren gran cosa en su poder explicativo, pero se diferencian grandemente por los asuntos prosáicos del patronato político y académico, las subvenciones, la gestión del patrimonio nacional, el acceso a las publicaciones o el trabajo estable en museos o instituciones. Estos asuntos que tratan de las necesidades básicas inspiran el *modus operandi* de quienes trabajan en arqueología en muchos países europeos, donde el patronazgo importa tanto como la ideología. Si queremos entender verdaderamente el especial predominio del “paradigma marxista” en sectores de la arqueología española, deberemos buscar explicaciones sociológicas en las redes del sistema español de subvenciones.

Los trabajos que comentamos plantean otra cuestión en relación con lo anterior: la de la variedad de los modelos operativos en la arqueología prehistórica. En España existen al menos tres: la historia cultural, el procesualismo y el “paradigma marxista”. En otras partes de Europa la “arqueología post-procesual” ha sido probada y ampliamente rechazada por su debilidad intelectual. El hecho de que una disciplina pequeña, pobre y marginal desde el punto de vista social, como es la arqueología hoy, contenga muchos modelos de interpretación compitiendo entre sí en el centro de su campo de estudio sin que ninguno de ellos domine claramente –como sucede por ejemplo con la tectónica de placas en Geología– es algo que puede interpretarse de dos formas: o bien como un síntoma de debilidad teórica y de incapacidad de separar el grano de las malas hierbas, o bien como un signo de la fortaleza de la disciplina a través de una empresa intelectual espontánea y diversa. Esta segunda visión optimista caracteriza a Phil Kohl (2001) y se enfatizó en el Symposium de Poznan sobre las *Archaeologies of Europe*. Este autor pedecía una convergencia a largo plazo hacia uno o dos modelos amplios, cuyo catalizador sería en su opinión la aplicación de la ciencia arqueológica. Algunos de los modelos teóricos no se podrán sostener al tratar de contrastarlos con las nuevas categorías de datos existentes, mientras que otros tendrán éxito. No soy optimista acerca de que esto suceda pronto, y me pregunto cómo será el “paradigma marxista” en la prehistoria española del año 2032, cuando nuestros estudiantes tengan el control de las redes de subvención de los estudios.

Deseo, por último, recomendar encarecidamente la lectura de este libro, que me gustaría ver en las todas las buenas bibliotecas de arqueología. Está bien editado, es fácil de leer y está lleno de novedades. Mi enhorabuena a todos los autores, que han respondido a la oportunidad existente, a sus buenos traductores y a la labor entusiasta de los editores.

BIEHL, P.F.; GRAMSCH, A. y MARCINIAC, A. (eds.) 2001: *Archaeologies of Europe. History, Methods and Theories*. Tübinger Archäologische Taschenbücher 3. Vlg. Waxmann. Münster, New York, München y Berlin.

BONCENNE, P. 2006: *Pour Jean-François Revel. Un esprit libre*. Ed. Plon. París.

KOHL, P.L. 2001: “Advances in Archaeology”. En P.F. Biehl, A. Gramsch y A. Marciniak (eds.): *Archaeologies of Europe*. Tübinger Archäologische Taschenbücher 3. Vlg. Waxmann. Münster, New York, München y Berlin: 425-429.

LULL, V. 1983: *La “Cultura” de El Argar*. Ed. Akal. Madrid.

NOCETE, F. 2001: *Tercer Milenio a.n.e.* Ed. Bellaterra. Barcelona.

Richard J. Harrison. Dept. of Archaeology & Anthropology. University of Bristol. BS8 1UU England. Correo electrónico: R.J.Harrison@Bristol.ac.uk

KRISTIAN KRISTIENSEN y THOMAS B. LARSSON: *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Edicions Bellaterra. Barcelona, 2006, 496 pp. ISBN: 84-7290-314-1

Este trabajo, brillante e imaginativo, quiere reemplazar el procesualismo que ha liderado los estudios sobre la Edad del Bronce en Europa en las últimas décadas, por una nueva y mejorada historia cultural. Contra el localismo y minimalismo en la evaluación de contactos de investigadores como Anthony Harding (1984, por ejemplo), Kristiansen y Larsson (K. y L.) desean resucitar la difusión como agente importante del cambio cultural. Empiezan anunciando que adoptarán “una estrategia interpretativa, intercontextual” (p. 26). Los autores consideran muy limitante la insistencia de la Nueva Arqueología en admitir los contactos interculturales únicamente en el caso de que existan bienes cuyo rastro se pueda seguir con facilidad. Esta insistencia fracasa porque no reconoce la importancia de la emulación y la imitación como reflejo de contactos culturales influyentes. K. y L. admiten que “el problema –la dificultad- es que la evidencia material foránea suele traducirse al lenguaje cultural local, lo cual significa que sólo sobreviven retazos y fragmentos de la evidencia original” (p. 28). Piensan que esto puede superarse desplegando su “conocimiento, experiencia e intuición que se rige por una serie de normas establecidas con cierta laxitud” (p. 30).

K. y L. señalan correctamente que los estudios sobre la Edad del Bronce han estado dominados por una “ideología agraria o campesina inmovilista” (p. 49). Ello es resultado de la aplicación de modelos anacrónicos basados en el poder feudal a la relación mucho más fluida entre los jefes y la gente común que existió en época prehistórica. El localismo puede ser útil para el Neolítico, pero el desarrollo de la metalurgia abre camino al comercio a larga distancia, con las consiguientes oportunidades para los viajeros de ver el mundo y volverse a casa con el prestigio del conocimiento exótico. El desarrollo de las sociedades estatales, primero en Egipto y Mesopotamia, y eventualmente en Anatolia y el Egeo, creó redes de intercambio a larga distancia que alcanzaron Europa e hicieron accesibles modelos de liderazgo que los viajeros, al regresar, tradujeron en las expresiones de jerarquía que caracterizan la Edad del Bronce de Europa central y septentrional. Por supuesto la deuda de los autores con Mary Helms (1988, 1993), generosamente reconocida, es grande.

A K. y L. no les preocupa en absoluto que haya tan poco material egeo que siga el camino del norte. De la misma manera que el menos del millar de objetos encontrados en los poblados y cementerios egeos de la Edad del Bronce Medio y Final queda empujados por la carga de un único naufragio como el de Ulu Burun, los pocos hallazgos egeos en la Europa templada pueden constituir la punta del iceberg del comercio egeo de ámbar y estaño. Debe señalarse aquí que la

Península Ibérica no forma parte de la Europa cuya Edad del Bronce discuten K. y L.: el registro ideológicamente depauperado del Argar lleva poca agua a su molino.

Los ideales del Próximo Oriente sobre la realeza fueron injertados en las culturas de los bárbaros europeos del Neolítico final mediante un proceso de transmisión simbólica. K. y L. demuestran esta transmisión señalando una serie diversa de paralelos egeos y del Próximo Oriente para ciertos elementos hallados en Europa. Así los pendientes en forma de lirio encontrados en depósitos húngaros se relacionan con los lirios pintados junto a una figura real en una pintura mural de Knossos; algunas figuritas carpáticas se parecen a la diosa minoica de las serpientes; los tocados femeninos documentados en los enterramientos daneses en sarcófagos de roble recuerdan los estilos de peinado femenino pintados en los frescos de Tera; las figuras sinuosas abstractas sobre uno de los paneles decorados de la cista de Kivik en Suecia recuerdan unos personajes con cabeza de león sobre un anillo-sello de Tirinto, y tantos otros paralelos más. Ninguno de esos ejemplos es concluyente en sí mismo, pero los autores evidentemente esperan que el gran número y variada naturaleza de las analogías que han entresacado de la bibliografía convencerá al lector tanto como les ha convencido a ellos mismos. Estos parecidos a veces están acompañados de las narraciones según las cuales la transmisión pudo haber tenido lugar: así los grabados rupestres al aire libre de Oppeby (Suecia) que K. y L. creen que recuerdan signos de la escritura del Minoico A pudieron haber sido hechos por viajeros extranjeros que “tuvieron que contar con el permiso o incluso con el estímulo del jefe local para que estamparan sus ‘peculiares’ signos en la roca. El extraño carácter exótico de los signos a los ojos del pueblo llano habría incrementado ciertamente el prestigio de los jefes...” (p. 196).

En los capítulos finales K. y L. imaginan una estructura globalizadora de la cosmología de la religión de la Edad del Bronce nórdica. Sugieren cómo varios elementos de Próximo Oriente fueron injertados en el panteón indoeuropeo que habría sido introducido en Europa desde las estepas de Eurasia central durante el Neolítico final. De particular importancia son los Dioses Gemelos, presentes tanto en la iconografía egea como en el mito védico, e interpretados como reflejo de una división entre el liderazgo sacral y el secular. Para demostrar la importancia de los gemelos sagrados en la religión nórdica K. y L. a veces despliegan paralelos (como su lectura, a partir de una leyenda védica, de las piedras grabadas que rodean el túmulo de Sagaholm en Suecia [pp. 327-330]), pero más a menudo se basan en un enfoque estructuralista que corresponde a su mitología comparativa Duméziliana. Así, objetos que aparecen en pares (los enterramientos dobles en Leubingen; los depósitos de artefactos gemelos, como los lures; los dos portadores de hachas representados en las rocas grabadas de Simris; la estructura simétrica de la casa larga de Bruatorp, etc, etc) son empleados para apoyar la importancia de los Dio-

ses Gemelos. Igualmente trascendente en la cosmología nórdica habría sido el culto solar. Aquí K. y L. ven paralelos entre la práctica religiosa hitita y el carro solar de Trundholm (versiones más pequeñas de su disco solar encontradas en varios enterramientos femeninos en Dinamarca identificarían a las mujeres que sirvieron como sacerdotisas en el culto solar). Los barcos, tan destacados en la iconografía del arte rupestre sueco, serían la contrapartida nocturna del carro cuando el sol se sumergía en el horizonte. K. y L. reúnen diversos detalles circunstanciales en un todo cosmológico coherente.

La historia cultural renovada de K. y L. mejora su contrapartida pre-procesal en un aspecto muy significativo. La cronología está en gran medida establecida a partir del radiocarbono y de la dendrocronología y no depende de los paralelos que constituyen los elementos de la narrativa histórica propuesta. Se evita, por tanto, la circularidad de la práctica difusionista tradicional. Pero, en otro sentido, la metodología que K. y L. adoptan no es tan diferente de la de sus predecesores. Implica el entretrejo de paralelos esparcidos y diversos entre manifestaciones arqueológicas inherentemente excepcionales, en una historia cuya aceptabilidad sólo puede ser juzgada en términos de su coherencia interna. Así K. y L. argumentan (pp. 337-339) que las sillas plegables encontradas en Dinamarca y el norte de Alemania están inspiradas en sus dobles encontradas en Egipto durante la XVIII dinastía y representadas en las pinturas murales de Knossos. Si uno encuentra convincente todo el argumento que K. y L. proponen, el paralelo es revelador; si uno no está persuadido, constituye una más de las innumerables coincidencias de las que está lleno el registro arqueológico de las diferentes partes del mundo. Este comentarista es lo bastante mayor como para recordar la bibliografía difusionista de su juventud, cuando una metodología similar se desplegaba para demostrar que el arte megalítico de Europa occidental derivaba del Próximo Oriente (Crawford 1991). En este caso, el argumento se demostró equivocado cuando sus puntales cronológicos se derrumbaron. Es difícil imaginar que evidencia podría falsar la narrativa histórica que proponen K. y L. ante los ojos de quienes la encuentran plausible.

El optimismo infatigable de K. y L. con respecto a los elementos excepcionales sobre los que descansa su argumento alivia poco mi escepticismo. Si los minoicos y/o los micénicos estuvieron comprometidos en un comercio con Europa central y septentrional, uno podría esperar encontrar centros comerciales de importación y distribución en la cabecera del Adriático y K. y L., como debe ser, hallan uno.

Monkodonja, en el siglo XVIII AC en Istria, proporciona evidencia de “una presencia micénica directa en el norte del Adriático” (p. 265). K. y L. apenas se preocupan por el hecho de que el sitio produjo poco material artefactual micénico, si es que llegó a haberlo (Terzan *et al.* 1999): “pese al predominio de la cultura material local, la arquitectura es foránea y micénica” (p. 265). Del mismo modo, a K. y L. les

impresiona la, en efecto, notable semejanza en el trazado del asentamiento de Demercihuyuk en Anatolia, por un lado, y Arkaim en el complejo Sintashta al este del Volga por el otro (p. 201). El que las fechas y las culturas materiales de estos sitios sean bastante diferentes apenas constituye un problema, ya que “se sabe que los grupos migratorios preservan a veces rasgos arquitectónicos con un significado cosmológico fundamental, aunque cambie la cultura material” (p. 203). Una vez que uno se despoja del minimalismo que K. y L. lamentan en el enfoque procesualista, las historias que uno puede contar son infinitas.

El enfoque de K. y L. es admirablemente valeroso, pero no puede evitar el hecho de que las cosmologías estén constituidas por símbolos entrelazados, cuyas significaciones individuales son, por definición, arbitrarias con respecto a sus referentes.

Carecemos para la Prehistoria profunda de textos bilingües con los cuales interpretar el significado de estos símbolos. K. y L. nos proporcionan una lectura de la evidencia (arte rupestre, rituales funerarios, etc) sobre las creencias religiosas predominantes en la Edad del Bronce europea. Otros autores han proporcionado y proporcionarán lecturas alternativas de esa evidencia. Es difícil saber cómo uno podría demostrar que cualquiera de ellas es errónea.

CRAWFORD, O.G.S. 1991: *The eye goddess*. Delphi Press. Oak Park, IL (orig. 1957).

HARDING, A.F. 1984: *The Mycenaeans and Europe*. Academic Press. London.

HELMS, Mary W. 1988. *Ulysses' sail: an ethnographic odyssey of power, knowledge, and geographical distance*. Princeton University Press. Princeton.
– 1993: *Craft and the kingly ideal*. University of Texas Press. Austin.

TERZAN, B.; MIHOVIC, K. y HÄNSEL, B. 1999: “Eine protourbane Siedlung der älteren Bronzezeit im istrischen Karst”. *Prähistorische Zeitschrift* 74, 2: 154-93.

Antonio Gilman. California State University – Northridge. CA 91330. EE.UU.
Correo electrónico: antonio.gilman@csun.edu

NUEVOS VIAJEROS, NUEVAS GUÍAS, VIEJOS PROBLEMAS. NEW VISITORS, NEW GUIDES, OLD PROBLEMS

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA: *Guía de la ruta de los castros vettones de Ávila y su entorno*. Institución “Gran Duque de Alba”. Diputación Provincial de Ávila. Ávila, 2006. 331 pp., 17 figs., 39 maps., 473 láms. ISBN: 84-96433-29-3.

A finales de la década de los 90 aparecen en el panorama de las publicaciones sobre el patrimonio histórico, una serie de guías orientadas a mostrar, cómo

llegar, qué ver y sobre todo qué conocer del rico y variado patrimonio arqueológico español. Los primeros ejemplares de este tipo de publicación vendrán de la mano de autores procedentes del mundo anglosajón (Anderson 1997; Collins 1998). Estas primeras guías arqueológicas presentan al lector interesado un listado de yacimientos generalmente en orden alfabético, organizado inicialmente por ámbitos autonómicos y provinciales. Este se suele completar con un resumen de la secuencia cultural desde la Prehistoria hasta el final de la Edad Media e índices que permiten acceder de manera más directa a una información concreta.

La selección de yacimientos dependía de los criterios y capacidades del autor, que a veces sesgaba de manera definitiva el repertorio de yacimientos, como la guía de Collins (1998) que se podría retitular “Guía arqueológica medieval de España” por la abundancia de los yacimientos de esta cronología. Como muestra sirva un botón: en ningún momento cita alguno de los más conocidos, extensos y visitables yacimientos del mundo castreño peninsular. Si añadimos a este detalle que el autor del prólogo es Barry Cunliffe, reputado investigador de la Edad del Hierro en Europa, y que la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación y Cultura, que por aquel entonces contaba con una Subdirección de Arqueología, ayudó a la publicación en español, la perplejidad que es un estado de ánimo que suele acompañar a los que trabajan en el Patrimonio Histórico se apodera del lector que utilice la guía atraído por su título.

Frente a este tipo de guías de concepción generalista, surgen casi al mismo tiempo las que circunscriben su ámbito de información a un territorio y una secuencia cultural concreta, como la dedicada a los poblados ibéricos de Cataluña (Garrido 1998). Con una introducción general sobre la cultura ibérica, la guía ofrece sobre una clara cartografía de accesos por carretera, una selección de yacimientos visitables agrupados en circuitos comarcales que se adscriben a los pueblos ibéricos identificados por la investigación: indigetes, layetanos, ilergetes, ilerjavones, etc.

A partir de este momento, las guías que van apareciendo regularmente se pueden agrupar en los dos tipos que se han reseñado: las de corte generalista pero circunscritas al territorio de una autonomía, y las que pretenden un mayor nivel de precisión en su oferta, vinculando su información al recorrido de rutas concretas en las que visitar enclaves de diferente o similar tipología y adscripción cultural según las circunstancias. Algunas de las pertenecientes al primer grupo son con frecuencia iniciativas de las administraciones públicas con competencias directas sobre los yacimientos reseñados. Con este esfuerzo editorial cumplen una de las obligaciones de la gestión del patrimonio, la difusión, y también muestran cuáles son, en sus políticas de gestión, los yacimientos que consideran de mayor importancia (Val y Escribano 2004). En algún caso la estructura de la presentación de los yacimientos cuya visita se propone, se corresponde con la estructura de gestión que del patrimonio arqueológico ha realizado la administración autonómica como es el

caso de la Xunta de Galicia (Barciela y Rey 2000). Otra modalidad de guía generalista, si bien agrupa los yacimientos visitables por secuencias culturales, indica cómo visitarlos y localizarlos de manera individual sin integrarlos en ningún recorrido establecido, iniciativa que quedaría a cargo del usuario de la guía, lo que parece altamente improbable (Chao 2004).

En el segundo grupo de guías comienza a figurar ya en el título el término de ruta, con una clara voluntad de sugerir la posibilidad de organizar la visita siguiendo un cierto recorrido, por lo general, de ámbito provincial. A veces, como en el caso de las "Rutas de Arqueología" de la Comunidad Autónoma de Castilla y León por Ávila, León o Palencia, algunas de las propuestas presentan una cierta homogeneidad en cuanto a la secuencia cultural elegida. Pero la heterogeneidad de los yacimientos seleccionados en las demás provincias, demuestran que se depende de manera directa de las características patrimoniales de cada una de ellas (Val y Escribano 2001). Otras publicaciones ofrecen un panorama más homogéneo (León y Domingo 1999; Domingo y León 2002), con epígrafes que ofertan recorridos concretos. El mayor o menor acierto de las propuestas descansa no tanto en las características de los yacimientos elegidos, como en la complejidad de la visita que, en ocasiones, carga con demasiadas propuestas las rutas. Los inicios de la metalurgia o el arte rupestre de la cornisa cantábrica, por poner un ejemplo necesitarían una mayor información sobre las distancias, accesibilidad y horarios para poder planificar el desarrollo de una visita satisfactoria.

En las publicaciones más recientes (Carballo 2006), cabe destacar una mejor organización de la información disponible, una propuesta de recorridos de ámbito comarcal que permite una mejor planificación de las visitas y del tiempo disponible y una detallada indicación del acceso a los yacimientos y de los mejores medios de transporte para llegar a ellos. La información sobre cada yacimiento se amplía con una adecuada ilustración gráfica, información complementaria bibliográfica y museística, y novedosas recomendaciones e indicaciones sobre el respeto que se debe tener en cuenta al visitar y disfrutar de un patrimonio que es de todos (Barciela y Rey 2000; Carballo 2006).

La *Guía de la ruta de los castros vettones* se puede integrar sin restricciones en este último grupo que confirma cómo los profesionales dedicados a la gestión del patrimonio histórico están haciendo de la difusión una herramienta cada vez más eficaz para cumplir los objetivos de la legislación, a partir de un trabajo que se caracteriza por un nivel de información y una presentación de calidad. Esta guía se inserta en un marco más amplio vinculado al compromiso de algunas administraciones públicas con la gestión de una parte significativa del patrimonio arqueológico. Este caso es el de la Diputación de Ávila, que en la última década se ha significado por sus esfuerzos en torno a la gestión del patrimonio arqueológico de la cultura vettona que tiene en la provincia algunas de sus manifestaciones más emblemáticas. Este esfuerzo se ha proyectado en la sociedad a partir de una serie de exposicio-

nes como *Celtas y Vettones*, *Vettonia Cultura y Naturaleza* y *Ecos del Mediterráneo*, celebradas en los años 2001, 2005 y 2007 respectivamente. Esta apuesta se ha completado con la edición desde el año 2005 de una serie de guías que conforman una auténtica colección sobre la arqueología vettona provincial, en la que destacados especialistas, algunos vinculados directamente con la investigación de los yacimientos elegidos (Álvarez 2005; Fernández 2005), presentan de modo didáctico y riguroso, las posibilidades de acceso y disfrute de la visita a los mismos. La guía de los castros vettones se convierte en la culminación de esta serie de publicaciones alguna de las cuales del mismo autor se puede considerar como su más directo precedente. Con un formato y extensión superior a las guías reseñadas, contiene como estas un significativo volumen de información gráfica: fotografías, mapas de localización, croquis de los posibles recorridos por el interior de algunos de los yacimientos e ilustraciones o recreaciones de algunos otros y de las actividades que en ellos se desarrollaron.

La guía se estructura en siete rutas, que se corresponden con la visita a seis castros y al conjunto de verracos conocido como Toros de Guisando. La mayoría de los castros se localizan en el entorno de la ciudad de Ávila, Patrimonio de la Humanidad, de la que se indican también sus recursos arqueológicos y monumentales así como el centro de interpretación de la cultura vettona sito en la Torre de los Guzmanes. Esta cercanía facilita la planificación de las rutas tomando como punto de partida Ávila, pero la guía intenta que el visitante, invierta el máximo tiempo posible en los recorridos y zonas de visita propuestas, con la ventaja de que si hubiera que hacer frente a imprevistos climatológicos o de otro tipo, se podría recurrir a la ciudad como alternativa o complemento. La única de las rutas que necesita una mayor inversión de tiempo es la que desde Ávila nos lleva al castro de Freillo en Candeleda. Organizada en cuatro bloques, más que en etapas, es una oferta muy completa que permite no sólo comprender la importancia del paisaje en la cultura vettona, sino también conocer otros datos de interés relacionados con el patrimonio, lo que constituye una de las características específicas de esta guía.

Si bien en la presentación de los yacimientos elegidos se intenta seguir el mismo modelo, sus diferencias intrínsecas y los resultados de las excavaciones practicadas en algunos proporcionan un panorama distinto en cada caso. Esta circunstancia se hace más evidente cuando se comparan no sólo los variados tipos de estructuras accesibles o visibles para el visitante, sino también la disponibilidad de elementos complementarios o básicos para aprovechar la visita como la ubicación de un centro de interpretación –por el momento sólo lo hay en el castro de la Mesa de Miranda– o las recreaciones como las de las casas vettonas que se pueden contemplar en el castro de Freillo en Candeleda. Las diferencias de presentación, acceso, intervenciones de consolidación y programas de investigación y excavación arqueológica son bien conocidas por el autor, ya que se han tenido en cuenta en los planes y plazos de

gestión de cada uno de los yacimientos seleccionados (Fabián 2004). Esta falta de homogeneidad en la tipología, accesos y elementos estructurales visibles, es aprovechada por el autor como un elemento positivo más, proponiendo modificaciones y enfoques de la visita que adaptándose a las peculiaridades de cada yacimiento la hagan más atractiva. Esta es una de las novedades y en mi opinión aciertos de la guía de los castros vettones, en la que la si bien se estructura la información en el yacimiento elegido que da nombre a la ruta, Cogotas, Ulaca, etc. no se desdén el presentar otro tipo de elementos patrimoniales –inmueble, arqueológico, etnográfico– que se localizan en las inmediaciones del yacimiento y son fácilmente localizables y visitables. También se incluyen en estas propuestas referencias al paisaje en los accesos a los yacimientos y en las vistas que se pueden contemplar desde ellos. En algunos casos se hacen recomendaciones específicas sobre las estaciones en las que el paisaje del entorno se convierte en un atractivo más, sin descartar que, para un sector de los potenciales visitantes, puede llegar a superar el interés que despiertan los restos arqueológicos visibles. Se inscribe así esta guía en una de las tendencias en la gestión del Patrimonio como es la de integrar en los mismos objetivos de gestión el Patrimonio Histórico y el Natural.

La información sobre cada yacimiento es muy completa en lo relativo a los resultados de las excavaciones arqueológicas y a la actual situación de los restos arqueológicos. Se refuerza con un abundante aparato gráfico, tipo de información que si bien puede parecer en ocasiones excesivo, no es menos cierto que para el profano en arqueología, es fundamental para que pueda entender los yacimientos. Se puede valorar desde esta perspectiva como un acierto la inclusión de las ilustraciones en las que se recrea el ambiente de los castros cuando estaban en plena actividad o la utilización de infografías como las que permiten reconstruir el aspecto de las casas del primer recinto del castro de las Cogotas. Donde la estructura interna del castro es compleja para el visitante un sencillo croquis organiza las distintas fases de la visita, recomendando los restos, estructuras o vistas de mayor interés.

Este trabajo se convierte en el marco de la difusión del patrimonio arqueológico de la cultura vettona, en una excelente culminación de la colección de pequeñas guías antes reseñada, en la que sólo se echan de menos algunos detalles propios de otras como las dedicadas a la difusión de espacios y parques naturales. Algunas recomendaciones sobre el tipo de calzado y ropa a llevar, precauciones o indicaciones sobre la seguridad de los visitantes y alguna referencia al respeto que deben guardar con los restos arqueológicos *in situ*, pueden parecer de sentido común e innecesarias, pero la experiencia de visitas con distintos tipos de público en general nos indica que no son superfluas.

Pero la perplejidad no nos abandona. Con esta guía cualquiera de sus potenciales usuarios, profesionales del turismo, docentes, animadores culturales, aficionados a la arqueología, etc. puede planificar una actividad de uno o varios días con la casi completa seguridad que se convertirá en una experiencia satisfactoria.

La perplejidad le asaltará cuando, en alguna de las visitas como el castro de las Cogotas, compruebe con asombro que las expectativas que despierta la información no se corresponden con la realidad del yacimiento. La ausencia de carteles y de posibles itinerarios en el yacimiento, el área de la necrópolis señalada por un pequeño cartel, las estelas derribadas entre la maleza hacen dudar al visitante. Unas terreras cubren las casas excavadas por Cabré. Sólo la información de la guía permitirá al visitante disfrutar de la visita e incluso localizar alguno de los elementos concebidos para su mejor disfrute, como el mirador desde el que se tiene una espectacular visión de la muralla del castro, pero que carece de señalización, salvo la indicada en el texto. Quizás el último objetivo de esta excelente guía, sea el de captar la atención de la sociedad, para que reclame de los organismos responsables de la gestión de este patrimonio mantenerlo en un nivel de difusión similar al que se nos propone en este trabajo.

- ÁLVAREZ, J. 2005: *Verracos. Esculturas zoomorfas en la provincia de Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense 1, Diputación provincial de Ávila. Ávila.
- ANDERSON, J.M. 1997: *Guía arqueológica de España*. Alianza. Madrid.
- BARCIELA, P. y REY, E. 2000: *Xacementos arqueológicos de Galicia. Guía práctica para visitar e coñecer o patrimonio arqueológico galego*. Edicions Xerais de Galicia. Vigo.
- CARBALLO X. 2006: *Arqueoloxia de Galicia. Itinerarios polo pasado*. Nigratrea. Vigo.
- COLLINS, C. 1999: *Guía arqueológica de España*. Acento. Madrid.
- CHAO, F.J. 2004: *Arqueoguía de Asturias. Enclaves arqueológicos para visitar*. Ediciones MADÚ. Granada.
- DOMINGO, B. y LEÓN C. 2002: *Rutas Arqueológicas en la España verde. Galicia, Asturias, Cantabria y País Vasco*. Jaguar. Madrid.
- FABIÁN J.F. 2004: "Recuperación, rehabilitación y difusión del patrimonio arqueológico de Ávila". *Actas. Puesta en valor del patrimonio Arqueológico en Castilla y León*. Junta de Castilla y León. Comunidad Europea: 25-36.
- FERNÁNDEZ, F. 2005: *Castro de El Raso. Candeledda, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense 5. Diputación provincial de Ávila. Ávila.
- GARRIDO, C. 1998: *Viaje a la Cataluña de los Iberos. Guía de los poblados Ibéricos*. Geoplaneta. Barcelona.
- LEÓN, C. y DOMINGO, B. 1999: *Rutas arqueológicas en Andalucía*. Jaguar. Madrid.
- VAL, J. del y ESCRIBANO, C. 2004: *Guía de lugares arqueológicos de Castilla y León*. Junta de Castilla y León. Comunidad Europea. Salamanca.
- 2001: *Rutas de Arqueología. Castilla y León*. Junta de Castilla y León. Valladolid.

Juan Pereira Sieso. Área de Prehistoria. Facultad de Humanidades de Toledo. Pz^a de Padilla 4. 45071 Toledo. Correo electrónico: Juan.Pereira @uclm.es